

La caída

por Pablo Millán*

*“De hecho, es en mí más que en él
lo que yo pienso, pues sé que los que
vivimos aquí no somos más que
fantasmas o sombras ligeras”.*
(Sófocles)

Sé que cuando leas esto tu boca repetirá la misma mueca absurda y gastada que dibujaste ese día tras la ventanilla de la ambulancia, pero pronto la abandonarás, porque mis palabras cruzarán tu cara como bandadas de gorriones y apenas tendrás tiempo de replegarte contra la almohada impecable, convencido de que ahí estarás a salvo de mis ataques que en algún momento, no lo niegues, amaste con una pasión carnívora, con un odio que laceraba mis entrañas cada vez que sentía tu sexo deslizarse como un lagarto en mi vagina y tu, con la indiferencia de siempre, prolongabas el lento sacrificio sin escuchar mis gritos que intentaban detenerte o por lo menos decirte que era yo, yo, únicamente yo la que podía permitir que me violaras desde tu furia incensante que poco a poco aprendí a canalizar como si toda tu ira fuera un mar donde mis gritos naufragaban, apagados por el cojín que oprimías contra mi cara y que yo, rota por tus deseos, aceptaba con los dientes apretados y con un juramento agazapado en la garganta, porque tú sabes que hay cosas que no se pueden revelar y mucho menos cuando inclinado sobre mí tu cuerpo lanzaba tímidos quejidos y yo prefería callarme, deseando que finalmente terminaras aunque supiera que más tarde tendría que reprimir las ganas de llorar y desenfundar de un golpe toda mi ternura, taparte con la sábana y jugar como una niña con tu pelo, todo eso para que luego me dijeras que sólo era un complejo maternal, otro más de mis chantajes, pero esto no es un complejo ni un truco para provocar tu enojo, apenas alcanzo a trazar lo que en realidad quería dejarte, ahora que estás lejos y una enfermera te cuida mejor que una madre; deberás sentirte contento de que mis gritos no lleguen hasta tí, porque supongo que estarás protegido por esas paredes blancas que adelgazan mis palabras en un silbido suave, casi un rumor de voces entrelazadas que divagan por algún pasillo de tu memoria, porque de algo tendrás que

*Alumno del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, de la UNAM.

acordarte, a no ser que hayas olvidado hasta mi nombre y de repente te preguntes quién soy, qué hacen estas hojas en tus manos, pero ya ves que no es tan fácil zafarse del pasado ni esquivar otro golpe, pues por fortuna aún existen cosas que los dos debemos recordar para entender mejor la secuencia de nuestros actos, todos los reproches que tú y yo —sobre todo tú— fuimos tejiendo alrededor de esa vida tibia y llana que me diste, armándolos como un castillo de naipes para que al final cayeran y nos golpearan a ambos, a mí porque te perdí para siempre y sé que no volveré a recuperarte y a tí, Hércules indomable, porque ahora estarás castrado y ni Dios sabe cuándo te sacarán de ahí, cuándo volverás a inclinarte sobre unos pechos desnudos y a lo mejor es eso lo que más te duele, o tal vez el simple hecho de no poder contestarme con los argumentos judiciales que has manejado siempre, mientras te ponías tu traje de abogado y me hablabas de esa distancia apropiada que convertía a tus frases en monumentos de cristal, en réplicas desconcertadas que yo oía en silencio como si fuera una niña castigada, un condenado al borde del patíbulo o ve tú a saber lo que pensabas de mí cuando tratabas de convencerme de que el amor era eso, oh sí, una especie de código inmutable cuyas leyes estaban dictadas por la razón a secas, sin otro adjetivo que el que tú implantabas para cerrar con broche de oro tus discursos ceremoniosos y toda la palabrería que más tarde, al querer seducirme, olvidabas con una facilidad impresionante, siempre ansioso de acariciarme y de entregarte a tu lujuria que cada noche me obligaba a decirte que hoy no, que la regla me había bajado esa tarde, porque después de todo conocía tu pudor y era casi seguro que te apartarías sin tocarme y que luego te vería retroceder hasta tu rincón de lectura, donde tus horas pasaban en blanco, sin otra satisfacción que esconder una fotografía desnuda entre las hojas amarillentas del diccionario que utilizabas para pulir tus vocablos, para limarlos cada vez que notabas que tus prédicas iban perdiendo veracidad, que a fuerza de repetir las se volvían aves muertas en tus labios, sobre todo cuando yo las dejaba volar sin inmutarme, segura de que tarde o temprano terminarías por callarte y por aplacar tu furia tempestuosa que no era más que un viento suave, un soplo en medio del huracán que mis gritos formaban para eclipsar tus repentinos ataques, tus estados de cólera, tus manías de gendarme, todo ese escándalo sólo porque andabas de mal humor y me veías deambular desnuda por la casa, ir y venir sin rumbo, apenas envuelta en una sola palabra de sílabas claras y punzantes que al principio me laceraban, aunque luego terminé por acostumbrarme a ese lento suplicio, a esa voz sin garganta que inexplicablemente me hacía odiarte, ingenuo Orfeo, aborrecerte tanto como los paseos dominicales, como las vacaciones, los aniversarios y las visitas obligatorias que cada semana le hacíamos a tu madre para coronar nuestra ceremonia acostumbrada; y no pienses que ahora me quejo, que intento reprochar al tiempo lo que me pasa, ahora que estoy aquí y que me voy pegando a tu recuerdo para no perderme en la nada y luego sentir que en mi vida no hay otra imagen posible, otro barandal del que pueda apoyarme para levantar con entusiasmo los diez años de oscuridad que aún me esperan, junto con siglos que habrán de transcurrir antes de que vuelva a ver tu cara destrozada por una angustia inexplorable que sólo nosotros entenderemos, porque bien o mal las cosas no pasan en balde ni se entierran como cadáveres bajo llave, están siempre ahí y algún día tendrán que salir de su caja de Pandora para que tus ojos las escuchen y tus oídos las vean, ahora que no son más que tristes gaviotas que continúan picoteando siempre la misma escena, el mismo cuadro que se distingue cada vez más negro, más confuso porque es como si el tiempo difuminara la única huella que me dejó tu imagen cuando me lancé a tu cara y sentí tu grito muy cerca de mi oreja, tan cercano que solamente pude re-

dar tu ira mientras me violabas y entregarme a la tarea de dar bruscos zarpazos en el aire que sólo eran una forma de decirte que te amaba con una desesperación muda, con una rabia que se me trepaba por el cuerpo cada vez que intentabas abandonarme y tramitar el divorcio, aunque supongo que es inútil reprochar de nuevo tu abandono y pedirte que si algún día logras salir de ahí te acuerdes de que aún existo, después de todo no soy la única culpable de que las cosas se desenredaran de esa manera tan absurda que me ha mandado algunos años al presidio, aquí donde todas las imágenes son oscuras y tal vez, querido Prometeo, tu recuerdo sea lo único claro, lo único que le da sentido a ese impulso que me orilló a desfigurarte con una navaja de mano que muchos años llevé escondida en mi dignidad de hembra respetable.

